Cuentos del abismo

Lucas Conti

Capítulo 1

La obscuridad

Todo fue perfecto, fugaz me moví a hurtadillas tal ninja hacia mi cuarto sin que mi padre nada sospechase. ¿Qué hubiesen pensado todos si me perdía aquella película?, sería incapaz de resistir las acusaciones de cobardía por parte de mis compañeros. Cerré la puerta del cuarto con sumo cuidado, apagué la luz y me envolví bajo las sabanas. Sonreí por mi picardía, listo para entregarme al sueño. Sin embargo, un conocido sonido hizo que mis ojos se abrieran atentos ante la negrura. Alguien puso una llave en la puerta de la casa.

Los bruscos ronquidos de mi padre tronaban desde la otra punta, nadie más que él y yo contábamos con una. Agité mi mirada de forma azarosa, en vano ya que nada podía ser visto más que lo penumbroso. Lentamente, aunque ruidoso, la llave giró dentro de la cerradura. Mi corazón palpitaba desbocado mientras que mi cuerpo copiaba a una estatua, mi mente clamaba en la razón de la placidez del sueño que protegían los ronquidos del viejo, extrañado de lo que sucedía.

De forma tosca, la puerta de la casa se abrió. Jamás podría equivocarme en reconocer como ésta se traba siempre en el primer intento. Quería llorar, estallar en gritos para advertir a mi padre, pero sólo mis latidos corrían a tal ritmo.

Busqué con torpeza la pequeña botella de agua que siempre guardo bajo la cama, me destapé sin siquiera dejar que mis ojos pestañaran y me arrastré fuera de aquella seguridad. Sin poder ser evitado, la madera de la cama chilló, deteniéndome en el instante. Recé por que sólo yo fuera quien escuchó esto.

Alcé la mano frente a mi y caminé hasta chocar con la puerta. Ni siquiera con su sostén fui capaz de apaciguar el temblor de mis manos, bastante menor que el de mi cuerpo entero. Gélida era la briza que cruzaba bajo el umbral. Levanté la botella, listo ante cualquier cosa. Ningún sonido de pasos se filtraba del otro lado, sólo el insaciable ronquido y un extraño golpe de dudosa procedencia que de vez en vez sonaba.

Acerqué el oído a la puerta y bajé el brazo con mi precaria arma, debido al temblor me era imposible mantener ambas posturas. Nada cambiaba, ni yo mismo sabría indicar cuánto pasé allí, estático. Dudoso, busqué el interruptor de la luz, mi dedo hundió tan lentamente el botón que no llegaba a activarse. ¿Y si venían a por mí tras prenderla? ¿Llegaría al menos a gritar? Respiré con profundidad y la encendí. La luz avasalló la

negrura; mis ojos volvieron a servir. Preparado, levanté mi botella y abrí la puerta.

Para mi sorpresa y alivio no había nadie. Recorrí todo, de punta a punta. La puerta estaba cerrada con llave, como si nada hubiera ocurrido. Atribuí lo sucedido a la película y mi fugaz imaginación antes de regresar al cuarto. Sin hacer ruido, apagué la luz y me lancé de nuevo bajo las sábanas. Y entonces la puerta de mi cuarto se abrió.

Capítulo 2

El bolso

En cuanto lo vi subir al metro, con su larga gabardina obscura de corte ingles, aquello que hipnotizó mi mirada fue su magnífico bolso; con bordados sólo posibles por manos benditas, de amplio tamaño pero cómodo diseño, formado con el mejor cuero que había visto. Pensé en preguntarle dónde lo adquirió, pero mi fijación era tan grande que actuaba igual a una quinceañera frente a su amor platónico.

Así pasaron algunas estaciones, con lo tarde que era y los pocos pasajeros me extrañó que no notara mi peculiar actuar. Si fuera por mí, permanecería toda la vida bajo el aprecio de tal obra maestra de la sastrería. Y por ello, me sobresalté cuando aquel sujeto egoístamente se marchó a la salida del metro. ¿Cómo siquiera podía pensar en abandonarme de tal forma? ¿Cómo podía optar por privarme de mi más preciado deseo?

El sujeto salió tal robot cuando las puertas acabaron de abrirse y, antes de que se cerraran, me aventé en su persecución. Lo seguí por horas, siempre precavida en mantener a distancia como en aquellas películas de detectives de los solitarios sábados por la noche, agradecida de que no volteara ni una vez.

Y desde luego, en algún momento debía de ocurrir, ¡el universo escuchó mi reclamo! El hombre reposó su majestuoso bolso en el suelo de algún callejón desconocido, para acto seguido bajar por unas escaleras junto a una dama que lo aparentaba conocer.

Aguardé un momento —no soy tan desbocada—, y me lancé a por mi merecido regalo divino. Intenté tomarlo con una mano, pero su peso era mayor al cual imaginaba, inclusive me llegó a parecer que el mismo bolso se movió en resistencia. ¿Acaso el ángel que lo obró descansaba en su interior? Pero no había tiempo para corroborarlo. Di un rápido vistazo a las escaleras sólo por si acaso, agarré con ambas manos las tiras de mi nuevo tesoro y lo alcé con todas mis fuerzas.

Al llegar a casa lo primero que atiné es a dejarlo sobre la mesada del living, encima los moldes aún sin recortar desde la semana pasada. Nadie pareció seguirme o siquiera sospechar. Limpié el sudor que bajaba errante por mi frente, pero comprendí que el baño sería mejor solución para la fatiga. No me llevó más de unos minutos. Estaba impaciente; quería verlo, sentirlo, desvelar aquellos secretos que ocultaba y prendían mi cerebro de un modo inefable, imposible de expresar en vulgares palabras. Con el pelo

envuelto en la toalla me paralicé al adentrarme al living; el bolso yacía abierto bocabajo sobre el suelo.

¿Cómo pude producir semejante descuido? Levanté al pobre y lo abracé, disculpándome sobre mi torpeza. Sin embargo, en seguida caí de aquel mundo de ensueño, mi preciado tesoro ya no se me apetecía tan majestuoso ni pesado. Lo giré sólo para corroborar su interior y nada había. En completa confusión discerní un desconocido sonido a mis espaldas, similar al fatigoso reptar de un enorme saurio en acecho.

Entonces... me di la vuelta.

Capítulo 3

El despertar

Era un suceso único, siempre lo creí falso cuando lo proclamaban los noticiarios. Del cielo obscurecido de nubes arremolinadas brotaban estruendos, golpes, bramidos desconocidos que uno deduciría salidos de lo profundo. Los brumosos ventanales de los departamentos se sacudían inquietos, a punto de estallar en búsqueda de un escape, y los árboles, esos pobres desgraciados que no podían contar con la misma suerte, en vano manoteaban con sus ramas de un lado a otro.

Agité la mirada en búsqueda de algún transeúnte, en esperanza de que aún era dueño de mi cordura. Pero qué equivocado estaba. Una feliz pareja tomada de la mano, una madre que lleva a su beba en un adornado carrito, unos hombres que descargan insumos y un perro, el único cuyo actuar podía responder a lo que mis sentidos percibían. Lo observé extrañado, sus mudos ladridos y agitado movimiento me conducía al pensamiento intranquilo. La dueña, incapaz de controlar a la criatura, grita en silencio. Fue entonces que comprendí lo que sucedía.

Sentí la humedad de lágrimas rozar mis mejillas. Las tantee con mis dedos, quedando manchados de un oscuro y profundo rojo. Debía estar asustado, gritar, clamar por ayuda o algo. Sin embargo, estaba inesperadamente tranquilo. De mis manos la piel comenzó a caerse tal cera, derretida por la existencia misma. Nadie se detuvo a ofrecer el cuento de la ayuda, todos huyeron despavoridos.

Con un fuerte estruendo uno de los altos edificios se desplomó, liberando el llanto e histeria que rayaron la barrera de la mudez sin inmutarla. Y de entre la bruma de polvo se alzó una figura que medía millares, borrando la luna del firmamento. Apéndices brotaron de todo lado imaginable y se extendieron hasta que fueron indivisibles del horizonte. Percibí su agobiante mirar, forjado con el fuego del averno sin fondo. Entendí lo que aquel ser me dictaminó, una voluntad que superaba cualquier intento de posible comprensión en términos comunes.

Quizás pasaron minutos, horas, días o años hasta que me di cuenta que me había convertido en un mero pasajero adormecido en mi cuerpo. Era imposible saberlo, hace mucho había dejado de sentir cosa alguna.

Capítulo 4

La mancha

«¿La ves, puedes ver la mariposa?» dijo mi hermana, señalando la mancha sobre el suelo de madera en su habitación. La pequeña figura se posaba sobre la pata de la cama, sacudía sus inmensas alas mientras se limpiaba las antenas. Ante su sonrisa maravillada sólo podía responder con horror. La taza, la desencadenante de este temor, aún reposa fragmentada sobre el suelo, sin ya ninguna gota del té de manzanilla que contenía.

Enseguida volé al baño en búsqueda del trapeador, pese a las quejas entre lágrimas de mi hermana, refregué con todas mis fuerzas para eliminar aquella aberración de este mundo. Sin embargo, el efecto no fue tan duradero como deseaba, al cabo de unas horas retornó con el doble de su tamaño. Entonces volvía al baño, revolví por doquier hasta hallar la botella de lavandina aún sin abrir. Arrastré a mi hermanita fuera del cuarto y lancé la lavandina sobre el suelo, pude ver cómo la mancha se contorsionaba en dolor. No pude evitar sonreír.

Al día siguiente ella no salió de su habitación en todo el día, no comió, bebió, ni supimos de que fuera al baño. Nuestros padres estaban preocupados y, como fuera de suponer, fue mi deber el desalojarla de aquella trinchera. Toqué a la puerta varias veces sin respuesta, bajo la puerta se filtraban intermitentes brillos de luz por lo cual ella tenía que estar dentro. Tomé carrera y de una patada abrí la puerta, rompiendo una especie de tela que firmemente la retenía.

Una única vela iluminaba todo el cuarto, lanzando débiles rayos al empalidecido y ojeroso rostro de mi hermana, que parecía no haber visto el sol en meses. Divagaba, escupía incoherencias de que aquella mancha de mariposa marchita le hablaba. Encendí la luz y a regañadientes la arrastré fuera de su lúgubre morada. No obstante, era inevitable el asegurarme si eran meras locuras o aún persistía. Tomé otra vez la botella de lavandina para verter un poco sobre aquel cadáver. Y como esperaba, sonreí al ver el nulo efecto.

Esa misma noche, entre sueños, me pareció escuchar la puerta del cuarto abrirse. La madera rechinaba bajo los pies del poco afortunado intruso, cuya identidad podía suponer. Se detuvo frente a mí, viéndome acostado. Deseoso de saber qué quería esperé antes de siquiera hacer algo. Pasaron segundos, minutos, horas sin que el indeseado invitado se moviera; hasta que visualicé, con los ojos entreabierto, el alzar de sus manos con un brillante filo. De repente me levanté, gritando, para intimidarla. Un frío

helado recorrió mi espina cuando discerní que estaba solo. Miré hacia la puerta, bajo la cama, en el ropero, pero no había nadie. No podía comprender lo que había ocurrido, estaba completamente seguro de que alguien había entrado. Entonces, ya sea por instinto o a causa de que lo siguiente era inevitable, giré mi mirada al techo y con horror contemplé un oscuro cielo de enormes mariposas que sostenían entre sus alas una filosa cuchilla.

Capítulo 5

El observador

Las personas no parecen ser capaz de verlo, percibirlo o creer en su existencia. Entre todos los que alguna vez conmigo tuvieron contacto, y de seguro también aquellos que en el futuro se volteen a dirigirme palabra alguna, no hay uno más que yo que sea capaz de sentirlo; su retorcida figura, su incalculable y pesada sombra, el fijo e inmóvil punto desde donde me observa.

Nada existe como aquello de lo que hago mención, por eso sólo había una forma en que pudiera denominarlo. No quería darle un nombre, pues así lo aceptaría y jamás detendría su penetrante risa. El simple hecho de verlo es tarea sólo para valientes, el primer momento en que la curiosidad ganó a mi miedo... aún sigo lamentando tal osadía. Su imagen ha quedado grabada de tal modo como si la hubieran impreso directo sobre mi retina. Por eso, sólo lo llamo «eso».

Sí, esa es la mejor forma de describir algo indescriptible.

Los primeros días temí el salir de mi habitación. Sin importar que sea mañana, tarde u noche, «eso» siempre está allí al otro lado de la ventana. Pero eso sólo debía de ser en vacaciones, mis padres no tomaban con ninguna seriedad tal descabellada situación y contra llanto y pataleo era enviado a la escuela.

Aunque no haya ni una nube sobre el cielo, su sombra siempre está allí por donde estoy. Detrás de mí, flotando, me sigue a donde quiera que vaya. Si caminaba por la calle, ocasión para nada rara donde vivo, de cuadra a cuadra su figura toda luz cubre. Nadie lo ve, o deciden ignorar su existencia. Niños, trabajadores, ancianos, perros, gatos; nada más que yo siente su peso.

Intenté convencerme a mí mismo. «Eso» no existe y jamás lo ha hecho; es falso, falaz, inválido, imposible, una invención propia que refleja mis miedos. Las personas así lo ven. Lo animales así lo sienten. ¿No seré yo el único que ha perdido la cordura? ¿O tal vez no serán todos quienes están ciegos?

Entonces fui obligado a dejar de salir.

El exterior se volvió un entorno por completo desconocido para mi persona, e incluso ahora lo sigue siendo. Si ha transcurrido el fin del mundo, estalló la anarquía o nació una dictadura, me es imposible

saberlo. Lo único que conozco, es esta blanca habitación. Todo lo que va más allá me lo recuerda.

No, todo lo que está fuera de estas cuatro paredes sin duda es «eso». Sus risas, sus penetrantes miradas e inentendibles murmullos; todo y todos son parte de «eso». Sin duda alguna, «eso» es culpable por todas las desgracias que azotan al mundo. Yo conozco la verdad, por eso me encierran aquí, por eso me observa con su único, profundo y perturbador globo ocular.

Antes llegué a pensar que el quedarme en casa era seguro, el único lugar donde podría encontrar al menos una virtual protección de «eso». Pobre de mí, inocente era al no saber que simples cortinas o maderas evitarían su mirada. Robaba la comida de mi propio refrigerador, me ocultaba igual a un ladrón sólo para obtener la posibilidad de llegar al baño, lo único que solventaba todo esto era el volver a mi cama y acurrucarme en las sábanas. Sin embargo, gracias a mis padres encontré un lugar mejor que aquel precario escondite.

Y sentí paz durante ese tiempo sin estar bajo su mirada. Agradecí cada día que mi mente no se hubiera trastornado. La mujer que cada día venía a traerme alimento jamás se rio ni me criticó por conocer a «eso», y de vez en cuando un hombre en bata traía consigo preguntas que sin esfuerzo era capaz de contestar.

Pero luego pensé y pensé, fundí mi mente en desoladoras ideas. En meros tres días, que para mí parecieron más de cinco meses, encontré la verdad. Incluso bajo las sábanas, en la cómoda cama, dentro de la blanca habitación carente de ventanas, oculto en el interior de un lugar el cual desconozco, «eso» es capaz de observarme al lujo de detalle.

Mi cuerpo tembló, aunque no pudiera verlo sabía que estaba allí con su mirada fija en mí. En cuanto la puerta se abrió junté toda mi determinación y salí. Corrí con todo lo que tenía, tropecé varias veces sin rendirme. No obstante, como «eso» perdí antes de tener alguna oportunidad. Al verlo, quedé petrificado en la salida.

Ya ha pasado tiempo largo desde aquello. Ho en día he vuelto a salir a las calles, con su penetrante mirada a mi espalda. Siempre miro hacia abajo para no enfadarlo. Desde uno de mis dedos de la mano izquierda sobresale un pequeño hilo celestino que nada en el aire hacia «eso». Tal vez sea porque acepté su existencia, o más bien puede ser debido a que me he vuelto su mascota.

Cada vez que me giro a las demás personas que son cubiertas por su sombra que ocupa todo el ancho del camino, siento envidia y lástima ante su desconocimiento. Ellos ya son víctimas de las cuales «eso» se alimenta; devora sus recuerdos, suerte y energía positiva como si

succionara por pajillas invisibles. Yo soy quien los lleva a tal terrible destino en mi camino al trabajo, al doctor y a casa.

Nadie está exento. Escapar es imposible; todos nos encontramos bajo su avariciosa retina. Todos estamos siendo observados por su gigante globo ocular que ocupa la mayor parte de su amorfa figura, incluso tú.

Capítulo 6

Mi humo

En una grisácea ciudad, dentro de la señora Gretel se haya una monstruosa criatura. Siempre al llega a su casa tras un exhaustivo día laboral, cuando se sienta en su cómodo sillón y sin apuros enciende uno de sus fieles cigarros, un enorme engendro aparece. Colosal ser de penumbrosa forma que sobrevuela el alto techo con sus ilusorias alas, que al acecho espera.

De vez en cuando ella se entretiene con verlo caminar por las altas paredes, rasgando el viejo tapiz floral. A veces pareciera que más allá de las ventanas no logra bajar o no desea siquiera intentarlo, y cuando Gretel apaga su cigarrillo y las abre se esfuma como una sombra alcanzada por la luz.

En una de las tantas veces que se reúnen Gretel se pregunta si existiría alguna forma de que puedan comunicarse. Sin embargo; no importa qué palabra dijese, dibujo le mostrase y sonido le presentara la criatura en ningún momento parece entenderla. Y entonces ella desiste, continuando con su antiguo rol de observadora. Ella no siente ningún miedo cuando lo ve y la bestia no tiene razón alguna para hacerle daño, ambos son dos entidades que el destino ha reunido en un mismo lugar.

Un día Oivia, vecina y amiga de Gretel, la visita para juntas disfrutar la tarde del domingo con un buen cigarro. De la misma forma que en casos anteriores, cuando la dulce Olivia lo enciende una oscura bruma se aferra al techo que no es para nada igual al que Gretel conoce; sino que es más negruzco, espeso y oloroso. Por un momento, ella se pregunta si por esto es que Olivia suele toser tanto. Sobre ellas que con placidez conversan, enfrentadas están dos monstruosidades que con dientes y garras se despedazan entre sí.

Y igual que siempre al ser las ventanas abiertas, las brumas se disipan y nada persiste.

Ella siempre se pregunta por qué tal criatura da presencia en un espacio tan reducido como el living de su casa; cuyo único amueblado son una mesa, su sillón y uno para la visita. ¿Quizás el alto techo sea de su agrado? ¿O hay algo más allá que él disfrute o desea obtener?

Entonces la respuesta llega en medio de su reflexión, el ser asiente. Por vez primera baja su robusto brazo, quedando lejos de la penumbra que su figura distorsiona. Gretel no puede comprender qué es lo que le intenta

enseñar, y sin titubear la criatura posa la afilada garra de su mano en la arrugada frente de Gretel.

Días pasan y su rutina continúa, tal obra que con el cantar del gallo vuelve a iniciar. Pero de a poco su cuerpo empieza a darse cuenta de la realidad. El largo horario laboral la agita con mayor rapidez, la tos la ataca con más frecuencia y su garganta le da una extraña sensación cuando ingiera comida. Y ella no se detuvo dentro del infinito ciclo.

El tiempo pasa como un tormentoso mar que desencadena al océano. Antes de que se diera cuenta Gretel se ve obligada a pasar todo el día postrada en su sillón o en la cama, y las visitas del ser se vuelven eternas, pues ella las ventanas ya no puede abrir.

Entonces la abismal criatura que antes sólo permanecía en lo alto del techo ahora coloca sus repugnantes piernas sobre la alfombra que cubre el suelo de material. Al fin ella es capaz de verlo con lujo de detalle, su escamosa piel que desprende una oscura babaza nauseabunda y con sus ojos fundidos en un verdoso amarillento ve de frente a ella.

Cuando la bestia abre su larga mandíbula un venoso humo se adentra en las fosas nasales de Gretel hasta apoderarse de sus pulmones. Y luego ella sujeta su garganta, el aire es transformado en una riqueza de la que carece. Falla al levantarse y se desploma en el suelo sobre la negrura bruma de la criatura.

Gretel eleva su mirada al ente a su espalda, la babaza cae sobre su desgastada ropa y sus ojos se fijan en los filosos colmillos que a ella se acercan. Podría tomarse como un reproche del destino que, justo en tal percance, la dulce Olivia decidiera llegar de visita; así lo siente Gretel.

La puerta suena con el llamado de Olivia. Tres son los golpes y con silencio del interior es contestada. Sabe que Gretel es grande pero siempre da siquiera una señal de estar en casa. Ella se agacha a un pequeño florero al lado de la entrada, una oculta llave desentierra. Su tos ralentiza sus movimientos, y por fin abre la puerta.

En el poco amueblado living la señora Gretel ha sido atacada por un colosal monstruo, aunque sólo ella era capaz de así verlo. Para Olivia, quien rápido salió en búsqueda del doctor más cercano, no fue otra cosa que un paro cardíaco.

Capítulo 7

El monociclo

La puerta fue azotada en el instante en que el inspector Montes ingresó bañado en sudor a la estación. Todos se voltearon a verlo con rostros pálidos. La pizarra que debería estar en el centro de las oficinas, o al menos allí era donde Montes la dejó, había sido remplazada por una vulgar escultura de aspecto grotesco.

Montes espetó sin reprimendas: —Ese hijo de puta.

La víctima del caso de homicidio de hace dos días, la señora Gonzales, había sido sacada de la morgue, separada de sus extremidades, su cuerpo arqueado para formar un pseudo-círculo y cosida de tal modo que de figura humana poco reconocible quedaba.

Sus manos nacían como si fueran un par de pedales desde el centro de una rueda, y desde su nacimiento se bifurcaban las pierdas que se alzaban hacia el techo hasta fundirse entre sí. Una aterradora vista que hasta a experimentados oficiales hizo regurgitar.

Montes corre a su despacho mientras reprende a todo el que se cruza por no estar haciendo nada, atorados en el shock. Sin embargo, él sabe que es nada más una pantalla para que no tomaran en cuenta sus incongruentes actos. Una vez allí, observó el maltrecho maletín de cuerpo cuyo seguro estaba abierto.

Tragó saliva incómoda. Entonces cerró el maletín, lo agarró y salió lo más deprisa que pudo, sin importarle si llamaba o no la atención. En su mente se repetía el incesante «esto no debería ocurrir».

Una vez llegó a su auto y tiró el maletín a la parte trasera, respiró en alivio. Aquella cosa la recibió la otra noche de uno de los conocidos del perpetrador del homicidio de la señora Gonzales, Umberto Rodríguez. Pero Montes sabía que era imposible que él fuera quien hizo esta atrocidad, después de todo él mismo lo asesinó el día posterior al crimen.

Con su encolerizada mirada enfrentada en el espejo retrovisor, resurgió en él la liberación que sintió tras jalar el gatillo tantas veces y luego deshacerse del cuerpo en un descampado. Montes no estaba orgulloso de su acto, aunque no encontró remordimiento en su venganza.

—Le dije que no debía mirar —la voz vino del asiento de atrás.

—¡Esto no es como dijiste, pedazo de porquería! ¡Ya me harté de ti, de tener que escucharte todo el tiempo, diciéndome qué mierda hacer!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quién va a creerte? Sólo eres uno más.

Montes hizo una mueca asqueado y respondió: —¿Qué importa? Después de todo ya estoy loco.

Tomó el maletín y salió del auto para abrirlo sobre el suelo a los pocos metros. Dentro, apoyado sobre terciopelo rojo afelpado, reposaba un muy antiguo modelo de monociclo.

—Nunca más —dijo sacando de su pantalón una filosa navaja—. Desmontaré esta puta locura.

Con determinación Montes clavó el filo en la goma del monociclo. Un extraño y repugnante sonido llegó a sus oídos en ese segundo. Entre más movía la navaja al rasgar la goma, su rostro se tornaba más perturbado, el corte irregular y el sudor de nuevo corría por todo su cuerpo.

Una vez su filo volvió al punto donde inició, Montes procedió a retirar la parte superior de la goma. Por vez primera en años, él regaló una sonrisa salida de su voluntad.

Había algo en el interior, parecía pequeño, pero a la vez era grande. Su cuerpo poseía atributos viscosos y al mismo tiempo su completo opuesto. En su entera expresión parecía un indefinido número de apéndices que se estrellaban entre sí con formas que eran imposibles de siquiera acercarse a poder describir.

Desde una abertura, similar a la de una boca, se deslizaban sonidos irregulares que sin importar quién lo escuchase será interpretado en su idioma. Y una especie de ojos, lo único que podría ser tomado como humano, se centraba fijamente en Montes.

Montes pasó de la simple sonrisa a unas carcajadas incontrolables mientras se arqueaba de espalda. No podía sentir sus manos y sus piernas habían dejado de percibir el suelo, mas el dolor no existía.

Entonces todo se silenció.

Al llegar alguien que por allí pasaba, halló el maletín cerrado. Y frente a éste, había una grotesca estatua que le revolvió el estómago, cuya morbosa forma le recordó a un monociclo.

Capítulo 8

El tesoro del alquimista

Se habla de la existencia de un alquimista que protege nuestro reino, más allá de la frontera. Pocos fueron quienes osaron el verlo en su vieja cabaña, recibiéndoles con su viejo sillón descocido y el tocadiscos que sólo «dark cabaret» toca.

La vieja puerta chilla al moverse. Ante la nula respuesta entré sin más, y ¿qué he de decir más que aquel lugar en verdad existe? La luz se filtra entre los recovecos de la madera mal alineada, pues de la ventana poco y nada ingresa. En la única sala hay repisas repletas de suciedad y artículos cuya procedencia desconozco, una precaria mesa con dos vasos, una marioneta recostada en el mítico sillón y más no cuentes.

Cruje el suelo en señal de mi lento caminar, el constante miedo de que todo se derrumbe no es ficticio. ¿Es posible que persona alguna viva en tal vulgar lugar? Y ante tal razonable cuestión, el tocadiscos el cual no había visto se enciende. Por desconocida razón, miré al techo y vi sombras bailar de un lado a otro.

—¿Cuán modesto he de ser si no diera grato recibimiento a mis visitas?

Bajo rápido la vista ante la voz, no solo la marioneta fue cambiada por un hombre que lleva un extraño sombrero de copa alta con un moño en un lado, sino que la habitación entera se ha tornado en un disparatado salón de gran gusto. De su apariencia más que «normal» no parece, sin contar el extravagante sombrero que por completo su rostro cubre.

—¿Tú eres el mago del cual todos hablan, de generación en generación? —Di paso decidido al frente mientras llevo mi mano enguantada a la cintura.

—¿Me has traído una ofrenda? No deberías, mi trabajo no es de aquel el cual deba ser recompensado.

—Pues si crees así, ya sé que sabio no eres. —Desenfundé mi larga espada y la apunté a él—. Dime, «sabio», ¿dónde ocultas el tesoro el cual mayor valor tiene?

—Entonces, ¿también has venido a conocerlo? Pensar que al alcance de todos está, y aun así los ciegos no lo ven.

—¿Por cuál otra cosa estaría aquí?

El alquimista junta sus manos en un fuerte aplauso. Entonces la casa al completo se agita, y tal pesadilla las paredes y el techo son tragados por fuerte viento que la tierra hace temblar. Clavo con velocidad la espada al suelo y rezo por el no ser arrastrado. Todo, excepto él y yo, vuela al interior del viento huracanado.

—¡¿Qué diablos es esto, pensé que mostrarías el mayor de los tesoros?!

—Oh, pero eso es lo que hago. —Él se levanta del sillón por vez primera y se acerca con rostro ensombrecido. Levantarme no puedo, por ello con tanta confianza él se detiene frente a mí y revela lo que supone ser su rostro... cuando claro está que carece de él. No hay piel, ojos, pelo u cualquier signo vivo.

Y dijo, susurrante: —Dime, ¿cuál tesoro es mayor que la belleza de la muerte?

Capítulo 9

La mujer de pelo blanco

En la capital la voz se corre de que bella mujer de blanquecino cabello a los hombres engaña. Primo mío en sus garras cayó y no lo he vuelto a ver, por eso deber mío es su vida a la luz traer para que un juicio a fin se haga. Con plateado puñal escondido en el pantalón a la cacería me dirijo.

Noches largas en vela por empedradas calles, desconocidos por mí hasta ahora, recorro, mas resultado no consigo. Con hombres de todo tipo hablo, pero nadie respuestas me da. De las mujeres desconfío, pues mi enemigo en ellas se oculta.

—Oiga, perdido joven... —Del recoveco de un callejón, hombre con alto sombrero mi atención llama—. ¿Cuál es asunto para que de niño por tales lugares andes? Esta zona de adultos es.

En las sombras su rostro oculta, de secretos y misterios lleno seguro está, pero qué mejor que aquel que información trafica para contactar. Y eso es lo que con fiereza verdad creo.

—Entonces, a la sirena es a quien buscas. Si tu deseo es, a ella puedo llevarte.

Con señal de su mano a la oscuridad me guía, blanco radiante en su mentón veo, lo único que ni la sombra ni el sombrero ocultar pueden.

De timonel trabajo le di y a sus indicaciones sigo. Tras el frío callejón a un vehículo de vapor, obtenible nada más por grandes aristócratas, me conduce y en el asiento trasero subo. Con el rápido pasar del tiempo, por las ventanas cada vez menos luces veo. A preocuparme empiezo.

—Bien has hecho al en mí confiar. A ella te llevaré y tu venganza a su final llegará.

¿De mi venganza le narré?, le pregunto, mas respuesta no recibo. Entonces, del sombrero debajo líneas plateadas se dibujan. Para cuando la verdad comprendo, tarde es. Mis piernas y manos atadas han sido sin que cuenta me diera con finos hilos color plata.

—No desanimes, joven, que en gran servidor de la dama te convertiré.

Delicadas manos pálidas mi cuello tocan desde atrás, con un lento mover

en caricias mi cabeza envuelven finos dedos como de mujer.

En el reflejo del parabrisas, tras un dulce beso, sus fauces se abren tal bestia infernal. Y de repente oscuro todo se vuelve.

Ya jamás la luz volví a ver.

Capítulo 10

La ilustración

Cuando intenté bajar por vez primera al sótano de la nueva casa de mi hermano, él me detuvo con pronto apresuramiento. Diversas escusas me dieron, tales que ahora no recuerdo. Pues era un hecho menor y tampoco contemplaba un deseo mayor a mera curiosidad en el saber qué había allá abajo.

Todas las veces que llegaba de visita él se encontraba en el sótano, llegando a en ocasiones jamás salir durante mi estancia. Le pregunté a Martha, su esposa, «¿qué es lo que hace ahí debajo?». A lo que ella respondió que no tenía ninguna idea, pero antes de salir al trabajo y tras llegar tarde en la noche siempre se internaba en aquel lugar.

El día en que muy preocupada Martha me llamó para dar aviso de que mi hermano renunció al trabajo, corrí de inmediato a su casa con una horripilante sensación. Azoté con toda mi fuerza la puerta que dirige al sótano declarando que saliera de inmediato, mas no hubo respuesta de su parte. Y entonces la puerta se abrió.

Una densa y pesada oscuridad se hallaba al otro lado. Quise revisar detrás de la puerta, por si él se escondía detrás, sin embargo, antes me topé con la baranda de madera. Enseguida Martha me alcanzó una linterna que a toda prisa fue a buscar. Los crujidos tras nuestros pasos al bajar la escalera hacían eco en todo el sótano. Paseé de un lado a otro el haz de luz de la linterna y por ningún lado parecía estar mi hermano. No era un lugar grande, ni tampoco contenía gran número de cosas.

Al bajar por completo notamos extravagantes grafías en las húmedas y ásperas paredes. Palabras ilegibles de un idioma desconocido e ilustraciones aún más inquietantes. Entre más movía mi mirada entre ellos los trazos se tornaban violentos, desalineados, inconsistentes y aberrantes. Desesperación podía verse en aquel que con su mano les dio vida.

Un reptante sonido empezó a emanar desde las paredes, justo detrás de la grabada figura de una sombra humanoide. Le pregunté a Martha si sabía de algo como esto antes de que se mudaran, mas no hubo respuesta. Me volteé a verla lleno de preocupación y ella estaba en posición fetal llorando y murmurando pedidos de perdón en un rincón.

Corrí a ella y la sacudí para hacerla entrar en razón. Lo que vi heló mis sentidos. Negra sangre desbordaba desde sus ojos, deformados al punto

en que semejaban a retorcidos apéndices con vida propia que devoran como pirañas al resto de su rostro. Me alejé por el impacto, retuve los ácidos estomacales que por mi boca estaban deseosos de ser liberados.

Tras de mí los sonidos se intensificaron. Me giré de nuevo a la ilustración, ahora sin presencia de lo que antes le daba forma humana. Los largos apéndices retorciéndose sobre sí mismos salieron del grafito de la pared e incontables ojos nacieron de todas sus protuberancias. Sin escape, soy envuelto en la más desesperante locura al escuchar su reconocible voz.

Capítulo 11

La fatiga

Eugenia era una persona que con todo el mundo le agradaba interactuar, sus dulces facciones y sinceras palabras despertaban el aprecio incluso en aquel que la acababa de conocer. En el antiguo edificio frente a la estación del ferrocarril, donde ella vivía, no había nadie que por lo menos una vez no se hubiera topado con tal adorable ancianita.

Y es así como Carlos, joven emprendedor que acababa de alejarse de un gran problema personal, se la cruzó en plena mudanza. Le había tocado la habitación 285, justo a su lado. Ella opacó el desalineado aspecto del hombre con una vivaz sonrisa. «Te ayudaré», le dijo.

Él, con voz forzada, declinó aquella proposición. Pero negada al rechazo, Eugenia aun así recogió la caja más pequeña de la pila y se decidió a ayudar, sosteniendo en el rostro su encantadora expresión.

—¡Suéltalo...! —gritó Carlos, arrancando la caja de las manos de Eugenia. Su rostro, bañado en pavor, se oscureció de repente.

Ella cayó al suelo por el forcejeo y como acto desencadenante todos los que se alojaban en el edificio salieron al unísono. Carlos, atemorizado por las incontables miradas, tomó de la forma que pudo las cajas restantes y las metió de cabeza al departamento. Cerró la puerta, giró la llave y exhaló aliviado.

Por mera intriga, se le ocurrió ver a través de la mirilla. La dulce ancianita estaba allí de pie, observando de manera tal que pareciera saber que él la estaba viendo. No obstante, enseguida ella se alejó de regreso a su departamento, y Carlos pudo respirar aliviado.

La fatiga del día lo tenía derrotado, entonces cuanto terminó de acomodar de forma superficial todas sus cosas, se desplomó sobre la cama. El reloj de la mesita de luz indicaba las siete de la tarde en punto.

En plena noche un rasqueteo lo despertó. Al mirar la hora se dio cuenta de que eran las tres de la mañana. Su cuerpo aún seguía muy cansado, no tenía siquiera interés en querer comer. Por eso, durmió sin más e ignoró aquel sonido.

El mediodía de golpe llegó cuando de nuevo abrió sus ojos. Todo daba vueltas en su cabeza. Cuando se tocó la frente ardía en fiebre, sus muñecas dolían al moverlas y no podía levantarse. De alguna manera se

levantó para refrescarse la cara en el bañó, cuando notó un hilo de sangre seca bajar por su oído.

Su primera reacción fue preocupante. Deseó querer tomar el teléfono y llamar a un viejo amigo que es médico, pero desistió tras agitarse. Así que se lanzó de nuevo a la cama y culpó al horrible estrés.

Tomó la pequeña caja por la que había armado tal alboroto el día anterior y extrajo una foto de su interior. Por alguna razón, era capaz de reconocer el rostro de su novia con quien había tenido una pelea días atrás.

No le dio importancia y se dejó llevar otra vez por el sueño. Por toda una semana sólo recuerda haber salido una única vez de su departamento, cuya razón no recuerda. Todo el tiempo se la pasó tirado en la cama, sin ninguna otra cosa que hacer más que admirar el deplorable estado del techo o permanecer en el mundo de los sueños.

Una vez más, el fuerte rasqueteo volvió a despertarlo en el auge nocturno. Sin embargo, esta vez sus párpados se abrieron enseguida de par en par. Carlos quiso levantase por reflejo, mas el extremo cansancio sometió a su cuerpo. Y entonces su oído punzó. Algo empezó a escarbar desde el interior de su cabeza. El molesto ruido se intensificó y venía justo de su lado.

Cuando sus ojos por fin decidieron girar para enfocarse en descubrir qué era aquella pegajosa cosa que sentía, empalideció por completo. Desde su oído nacía un largo apéndice que semejaba al rostro de un humano.

Y entre sus arrugadas facciones, reconoció aquella gentil sonrisa.

Capítulo 12

El insidiador

En aquel helado invierno fue la vez primera en que vi sus vacíos ojos. Acechante, su figura se difuminaba en la ventisca tal pavoroso fantasma. Eternas eran las noches que de un lugar a otro debía correr, aterrado y desorientado.

A veces decidía, en completa ignorancia, descansar por el fugaz pensar que por fin me habría librado de su acecho. ¡Oh, pero qué iluso, cual vulgo que cae una y otra vez en las artimañas de los sofistas! ¡Qué tan bello ha de ser ese pensar que me endulzaba a cada momento! Y entonces la verdad me apuñalaba con sus inolvidables chirridos, formuladores de sueños que nadie desearía jamás narrar.

¡Ante ello sólo queda huir, pero no cometas mi error de ceder al cansancio! Al voltearte siempre estará allí, paseando tras cosas que perturben tu vista. ¡Pero no caigas en el error, no se oculta para salvaguardar tu cordura, su distorsionado ser no comprende tal compasión! Sólo busca aquel disfrute único, aquel que trae su presencia ante la vista mortal.

Peludas son sus extremidades que de contar nunca he acabado, de inmenso a minúsculo su tamaño alteraba; y, sin importar desde dónde fuera, siempre su mirar era fijado en mí. ¿Ya está al otro lado? Oigo sus fauces abrirse de par en par, bajo protección única de una podrida puerta.

¡Maldigo mi fortuna, pues la diosa me ha ignorado hoy de todas las veces! Sólo el sol lo espanta, mas la luna se ha adueñado de su presencia para bailar a su lado. Tiemblo ante sus rasguños resonantes desde todo lugar, el caer de su negra saliva que por los umbrales se filtra.

Hombres fornidos vinieron en mi compañía bajo orden del rey, protección que a cualquiera en envidia induciría. ¡Qué infortunio fue encontrárnoslo! Del cobarde al valiente, en llanto rompieron y ya jamás se oirá de ellos otra vez. ¡Oh, pobre de mí, atrapado en solitario bajo tal acechante!

Mi última vela calla su llama, agotada de brillar. La bruma apacigua toda verdad. Nada se escucha y tranquilidad me trae mas que susto. Al menos tuve un disfrute último antes de que aquella peluda mano, de dedos tan largos que la mía se sentía diminuta, se posara sobre mi hombro.

Capítulo 13

El ser del metro

Dime, ¿qué es aquello a lo que más temes?

La mujer gritar en dolor deja, sus pulmones han estallado y el aire por su garganta ya no pasa. ¿Cuál cruel destino capaz es de tal bello canto callar?

Tiempo para distracción no tengo, trabajar debo. El sombrerero encargo me dejo y tal profesional he de responder. Con pedaleadas ligeras las costuras de piel son cerradas en la máquina de coser. Un nuevo brazo he terminado.

Plan suyo de mi importancia no es, mas sólo mi duro trabajo mi mente acepta. La rueda gira incesante, metro a metro las piezas unidas son. De tierra en tierra me muevo por lados donde nadie ve, del incesante trabajo jamás descanso.

Sastrero de nacimiento soy, de padre y madre. Bajo las pisadas del hombre común me traslado, sin ser oído, tal lombriz. Suerte he tenido de este abandonado canal encontrar y en leyenda me volví.

Hoy joven mujer a mí llegó, bello cuerpo poseía y en agradable abrigo la convertí. Oh, cuán magnífica silueta que con mis manos acaricié y entre risas degusté. Los hombres de arriba como gusano que se arrastra me conocen, así engañarlos logro pues mal me interpretan.

En extraña máquina viajo que regalo del sombrerero fue, he ahí el gusano del que todos hoyen. Pero humana mi figura es, más humana que la del humano mismo.

Oh, nueva clientela hay en la estación próxima. Las pedaleadas acaban y mi maletín tomo. En vulgar caminar al vagón continuo voy, frente a la puerta me detengo. El mecanismo con fuerte soplido de vapor las abre en par, de un lado una y al otro la otra.

—Bienvenida eres, dama bella. ¿Podría un momento robarle, para mi sastrería mostrarle?

Pero entonces mis palabras falsas se vuelven cuando a mis ojos la ilusión se rompe. Mujer el invitado no es, mucho menos hombre normal. Con desconocida arma y maestría grande, sin mis suplicas escuchar, de una explosión mi cuerpo contra la pared se estrella. El abrumador ruido mis

oídos doler hace.

Lágrimas en sus ojos hay, oh cruel destino que sufrir me hace. Tales llantos en mi vida millares vi y de mi trabajo nacen. Sin su nombre conocer comprendí el por qué.

Pues tonto soy, la regla desobedecí segado por la oferta abundante del hombre extraño. Al piso caigo y moverme ya no puedo.

—Con la sangre de mi esposa jugaste, y con la tuya tu pecado pagarás. —Y ante sus trágicas palabras, mi vida cedo con larga sonrisa.

Pero shhh... que de mi inmortalidad no sepa, pues de hombre me veo y de cuerpo carezco.

Capítulo 14

La muñeca

Por mucho tiempo soñado he estado, siempre cuando de casa se va en somnolencia me encuentro. Y pues sin presencia suya no querría estar, sin él nada quiero hacer más que dormitar.

Ayer corazón nuevo me trajo y respirar otra vez puedo. ¿Cuál fue la vez última que el aire aspiré? De pieza en pieza armado mi cuerpo es, sin prisas ni descuidos. Pues el arte, con arte es creado. Maravillosas las piernas con las que bailar puedo, grandiosos los brazos que en su delicadeza todo perciben, magníficos los ojos cuales brillan como reales.

Boca aún no poseo, mas ansiosa no estoy. Yo sé que, al encontrar a la perfecta entre la perfección, con titubeo ninguno a mí me la traerá. Así ha sido, es y será, pues el artista en su arte obra.

Mi final momento recordar no debo, puedo ni quiero. El pasado lejano es e importancia no me trae.

Con chirrido, luz ilumina la casa al completo. ¿Ha vuelto ya? Esperar no puedo a que mi cabello peine y acaricie, mis manos tome y de bellos cumplidos me cubra.

—¿¡Qué, en nombre de la Diosa, rayos es esto!?

Voz desconocida, inquietante presencia. Hombre de cuerpo fornido, con respetable traje y perfecto caminar. De la cama me levanto, tambaleante mis piezas reacomodo para que nada soltado se vea.

—Tal atroz acto de inhumana mente, qué es aquello que a tu belleza le han hecho.

Tristeza de sus palabras salen, mi alma tiembla y la razón me es oculta entre las espinas en mi mente clavadas. Y así mis manos a él levanto, hombre que nombre recordar no puedo.

—...Descanso te otorgaré, no permitiré que de tu cuerpo otro sacrilegio sea hecho. Perdóname, amor mío.

Entonces, en mil y un pedazos mi pecho estalla. Flamas de aquí a allá, sin dolor me consumo en el azul siniestro que sólo ceniza roja deja. Palabras

quise mencionar, mas incapaz soy, ya que de boca escaseo.

Hubiera deseado, siquiera un instante, recordar su nombre; pues mi alma llora en su despedida.

Capítulo 15

La dama de ojos amarillos

Eran los primeros días de marzo y el amarillento tono de la hoja granulada nublaba mis pensamientos. Vacía, impugnable, libre de todo trazo, detenida en el tiempo. ¿Por cuánto más tendría que persistir en esta tortura? El lápiz, tan cálido y amigable en el pasado, ahora se me apetecía insostenible.

En un arrebato de frustración lancé todo del escritorio, deseoso de que la fuente de mi malestar fuera tragada por el abismo, esperanzado para jamás volverlos a ver. Los lápices tronaron contra el suelo, sus contenedores de cristal estallaron como bombas y sólo la maldita hoja logró su aterrizaje insonoro.

Salí deseoso del onceavo respiro de la semana tras meses de intento sin afloje. La luna se mecía en un semicírculo perfecto encima de la calle manchada de aquel repugnante tinte amarillo, proyectado por las antiguas farolas. Ahogué el vomitivo desazón que se adelantaba a paso agigantado por la garganta y busqué frenético una salida, un rayo blanquecino o una brumosa negrura que me extirpara de allí. Agradecí de que así fuera.

Corrí como el enfermo intenta el alejarse del fatal destino. Me ardía el respirar. La mirada me lagrimeaba. Mi tos fatigosa fue lo único audible en semejante mundo silenciado.

Encontré apoyo en la vieja barandilla de madera en un parque cercano, seguro de las añejas luminarias. No fui capaz de evitar el azotar mi mente con el recuerdo del plazo para la obra, su andar desenfrenado hacia mí carente de toda misericordia. Las náuseas se tornaban incontrolables, no podía despegarme de mi breve salvadora sin sentir el descenso al infierno. Con el tiempo el sueño gradualmente fue desapareciendo y lo que ingería –en su mayoría comida rápida–, era rechazado por mi cuerpo. Fui incapaz de pensar en algo que no fuera aquella repulsiva hoja, reposada sobre el escritorio, burlándose de mis penurias a vivaces carcajadas.

Entonces la vi, sentada sobre el borde de la fuente al otro lado del parque, con un vestido azul marino y el cabello recogido en un elegante tocado. Pero no fueron aquellas trivialidades lo que captaron mi atención. Al alzar la mirada sus ojos resplandecieron como reflectores ante la noche, faros amarillentos que trascendían en la obscuridad. Aunque indirecta, clamaba a gritos mi atención. Estaba atrapado, era otro preso más ante la dama de

mirada de oro.

La visión se me nublaba, mis manos temblaban tal terremoto y el sudor me bañaba la frente y las mejillas. Mi corazón tronaba en desesperación al punto de sentir que me reventaría los tímpanos. Pero no podía detenerme, mi cabeza se negaba a mirar hacia otro lado y olvidar. Olvidar aquello que más me desagradaba.

La seguí como una sombra en el día. La observé entrar en su modesto departamento. Esperé, uno con la noche. Parecía cosa del destino; el mismo tono, el mal se había fundido en cada pared del pequeño complejo.

Me arrastré tambaleante por el pasillo, sin encontrar dificultad alguna para burlar al portero. La cabeza me retumbaba por mis eufóricos latidos. La migraña me mataba. La pared fue mi único auxilio y guía mientras era agobiado por los pesares que había decidido confrontar. Tres pesados golpes solté contra la puerta, capaces de ser escuchados incluso por mí.

Ella abrió sin siquiera preguntar. Aquellos ojos amarillentos, empotrados en lo más profundo de mi alma; mutaron de felicidad a sorpresa, y de sorpresa a pavor. Me abalancé contra ella tal tigre sobre gacela, ignorando su intención vana de cerrar. Acorralé sus gritos con mis manos en su fina y suave garganta. Golpeaba, pataleaba, forcejeaba con todo lo que tenía. Pero al final sólo se desplomó en la alfombra de la entrada, sin vida, mirándome con esos vomitivos ojos amarillos.

Me faltaba el aliento, la razón me daba vueltas. «Ya falta poco», me alenté para aminorar la ansiedad. Hundí mis dedos desnudos en sus amarillos ojos con fuerza. Los exprimí con placer, ansioso de escucharlos reventar. El éxtasis me invadió por fin al ver el oro tornarse carmín.

Acaricié mi cabeza para retirar el sudor, manchándome con el néctar del triunfo ante el monstruo en mis pies. «¡Paz al fin!», grité a mis adentros. La migraña se esfumaba con la leve brisa a través de la puerta abierta. Sin embargo; al ver su rostro, tan semejante al del humano, no pude contenerlo y mis nauseas se materializaron sobre la alfombra a un lado del cadáver.

Con temor y agotamiento sostuve mi garganta ante la hedionda pasta licuada que reveló la terrible verdad que me detuvo en el tiempo. No tenía pensar alguno que diera explicación. Estaba dentro de mí. Ese horrendo color. Sus ojos, esa maldita hoja, se habían ocultado en mi garganta para continuar con su sádico tormento.

Volé a la cocina, chocando con todo lo que estuviera en el camino. Agarré con firmeza la cuchilla del escurridor. Las manos me titiritaban al acercar la hoja a mi garganta. Con un grito sofocado acabé lo prometido. La

historia estaba terminada.

El editor de aspecto imponente bajó la novela gráfica en sus manos y la dejó caer sobre su ordenado escritorio.

–Sin duda, éste es tu mejor trabajo –espetó con su típica sonrisa– ¿Cómo es posible que lo terminaras? Los demás estarían encantados de conocer tu secreto.

Tanteé la bufanda que me envolvía el cuello, remarcando lo oculto, y le devolví el gesto: –Créeme, no querrán saberlo.

Capítulo 16

Confesión en tinieblas

Tal vez no llegues a creerme, y estoy más que seguro que si fuera tú tampoco lo haría; tomaría la primera oportunidad que se diese para lanzarme sobre el teléfono y clamaría por ayuda. Por esta razón, espero que entiendas el por qué debía traerme este seguro. Pero no me malentiendas, si me es evitable no querría dispararte.

Hace una semana yo maté a mi esposa Ellen. De seguro te resulte extraña mi confesión, digna de alguien desquiciado. ¿Después de todo, no había ella tomado un café aquí esta mañana? Te equivocarías de gravedad al contestar. Esa cosa no era Ellen.

Recuerdo la última semana a tal detalle que, sabiendo lo olvidadizo que soy, me aterra hasta los huesos. La mañana del viernes le había dicho que debía asistir a una importante reunión de trabajo en la capital, táctica común que llevaba a cabo en mis días libres. Era la única manera que se me ocurría para librarme, al menos por un día, de su apresante presencia. Sólo me sentaba en el auto y vagaba sin rumbo. Sin embargo, esa vez fue muy diferente. Me sentí ante una señal cósmica cuando, a un costado de la ruta, vi abrir una pequeña tienda llamada «El viejo cazador». No tenía un camino el cual frecuentaba, cualquiera que me llevara a las afueras del pueblo era susceptible a elección, pero en mis recuerdos difuminados jamás había visto tal lugar. El dueño, un alemán con los años venidos encima vestido de camuflado, me mostró su cortesía con un saludo mientras sacaba el cartel a la entrada. No sé el por qué detuve el coche, una fuerza curiosa e incomprensible me jalaba la atención.

Claramente le mentí al viejo; no tenía gusto por la caza, más bien aborrecía su violenta naturaleza, pero la jerga de cazador de mi padre había encontrado al fin utilidad tras tantos años. Me miró desconfiado de pies a cabeza recostado sobre el mostrador, acariciándose la barba. Sudaba ante la duda de que su penetrante mirada desvelara mis obscuros deseos, nebulosos incluso para mí. Él sonrió de forma que espantaría a cualquier familia incauta y traería pesadillas a los niños que les inducirían al más alborotado de los llantos. Convencido de una necesidad que no expresé, el alemán caminó a la bodega de detrás sin dejar que pasaran más de cinco segundos sin voltearse a verme, y regresó con el Winchester que ahora ves frente a ti, pero fue lo que contenía la pequeña caja de textura rugosa que apoyó al lado del rifle lo que de verdad me heló la sangre.

El vulgar hombre levantó la pesada tapa y, sin extraerlo, me enseñó con vigorosidad el objeto que definió como el más valioso en su tienda. Era una antigua daga de hoja negra, algo herrumbrosa y sin mucho filo a simple vista, con un grabado en alguna lengua olvidad de la que jamás había oído, en un mango que semejaba estar hecho de hueso. Insistió en que la tomara y, a pesar de mis dudas le obedecí. Era más liviana de lo que aparentaba en un inicio; el filo no era metal, sino una especie de roca tallada, y en la parte trasera del mango, la cara oculta desde la vista del interior de la caja, tenía una imagen grabada en bajorrelieve. Se trataba de una figura amorfa de la cual se desprendían largos apéndices con un estilo propio del cubismo, posiblemente interpretable como una especie de octópodo prehistórico. Pasé la mano sobre la mueca central de la criatura, donde se visualizaba una pequeña boca circular con finos colmillos. De pronto un punzante dolor me recorrió la mano, arrojando la cuchilla devuelta al mostrador. El dedo me sangraba, el terror me invadió como una corriente helada al notar las marcas de mordedura. La figura de la daga se retorcía. Empecé a descomponerme, perdía las nociones de dónde estaba. La choza se mecía en una tiniebla creciente incentivada ante la carcajada silenciosa del viejo. Flotaba en un aterrador paisaje onírico que me arrastraba hacia una bruma sin fondo, difuminada como un reflejo en las negras profundidades del agua. Un mundo de cabeza, inconmensurable, frío y geométrico, con estructuras de roca negra con ángulos imposibles. Sólo una palabra me alcanzó tal susurro en mis oídos, acompañada por un gélido aliento que me trajo a la realidad: «Hazlo».

Desperté arrodillado a un lado de la carretera, observando la negra agua de un lago. Podía escuchar el motor encendido del auto cerca. Las manos me titiritaban, mis ahogados respiros liberaban en vapor el poco calor que me quedaba, mas mi atención permaneció clavada ante la daga del anciano en mis manos. Volteé a los alrededores desorientado y corrí al vehículo sin mirar atrás. No pude creer en ese instante si era algún deseo inconsciente, un indicio de que estaba perdiendo la cabeza o una maldición, pero la daga parecía pegada a mi mano. Asustado la arrojé en el asiento del acompañante y salí de allí con el auto a toda marcha, sin frenar en ningún momento.

El sudor me nublaba la vista y tuve que aflojarme la camisa para respirar. Baje del auto aún influenciado por la desorientación, el caminar se percibía un arte de dominio reducido. Me adentré al departamento en un tosco silencio, y allí estaba ella. Ellen descansaba en el sofá frente a la televisión, iluminada sólo por el tenue ruido blanco de la señal finalizada. Agradecí que estuviera dormida. El silencio desprovisto de sus insultos y quejas, los cuales nadie creía posibles ante su dulzura externalizada, me tranquilizó. El miedo de lo vivido dio paso a la razón por la que había salido y parado en aquella tienda. Me acerque despacio, desprovisto del balanceo irregular del mareo. Sentí la tensión endurecerme el brazo y negarles a mis ojos la oportunidad de parpadear. Tambores sonaban en la lejanía, intensificándose por cada paso. Al detenerme detrás de ella,

viendo su desprotegida figura, con esa expresión adormilada, entendí que no eran tambores lo que escuchaba, sino el eco de voces que gritaban la misma palabra que el anciano; «Hazlo». Insistían como un tumor en el cerebro que crecía con un dolor tormentoso para arrancarme la existencia. Un aura infernal revelaba los silenciosos gritos blasfemos proveniente de lo que sostenía en mi mano, esa maldita daga negra.

Ellen despertó. Me reconoció con su insolente actitud, sus ojos color avellana discriminaban mi existencia. Entonces sucumbí a la tentativa. Silencié sus maldiciones para siempre. Fui al cuello no una, sino tantas veces que me eran imposibles de contar. Sentía rabia y un deseo violento impropios, no podía ser aquel hombre reflejado en la pantalla que acababa de acribillar a su bella mujer. La sangre bajaba por la hoja de la daga atorada en el tórax, su mirada inmutable seguía clavada en mí, acusándome. ¡No era mi culpa, me obligaron! ¡Sólo fui una marioneta en este juego macabro! Tenía que hacer algo, no podía ir a prisión por esto.

Cuando estuve seguro de que estuviera bien enterrada junto a la daga dentro de la tumba del Dr. Ferdinand, quien había muerto hace sólo unos días atrás. No pude librarme de la sonrisa que se me dibujaba de oreja a oreja. Jamás la encontrarían, nunca se les ocurriría profanar a un hombre tan querido por el pueblo. Ya no tendría que soportarla. Adiós a sus maltratos. Adiós a su malgenio. Adiós a sus insultos y menosprecio. Al fin me volvía a sentir libre tras tantos años. Ni siquiera el cuidador, ese senil de Morgan, tenía la menor sospecha de lo ocurrido. Era de conocimiento público que, a cierta hora de la noche, él se encerraba en algún mausoleo para alimentar sus enfermas perversiones. Pero ya podría juzgarlo, yo acababa de matar a mi mujer. Regresé al auto, sensibilizado por la adrenalina. Esa noche dormí en calma. Y debería de haber continuado así por el resto de mis días.

La madrugada del lunes hallé la puerta abierta al ser despertado por un horrendo quejido. Un rastro pantanoso se dibujaba desde la puerta hacia la penumbra del pasillo. Temí el volver a cerrar la puerta, incluso si era presa de otra alucinación me tranquilizaba el tener una vía de escape. Tomé un intento de arma improvisada y seguí al reptante indicio sin parpadear. Como un desplazamiento evolutivo, el tosco arrastre se tornaba en pisadas de formas morbosas hasta que, al cruzar la sala en dirección al baño, imitaban a las humanas. En el umbral de la puerta de madera resplandecía el pobre reflejo amarillento de la luz encendida. Tomé el frío pomo, pero no lo giré. Batallé en eternos conflictos internos hasta el crítico punto en que el hormigueo me invadió el brazo, entonces con una precisión quirúrgica lo comencé a rotar a milímetros para evitar ruido alguno, hasta que el pestillo estuvo corrido por completo. Sólo el terror a lo que podría encontrar al otro lado me mantenía despierto y tensionado. Entonces la abrí con un rápido azote.

Estaba vacío. El rastro acababa dentro, pero no había nadie. Revisé la ducha y hasta el pequeño botiquín, incrédulo. Me llevé las manos a la cabeza al borde de las lágrimas, era consciente de que vislumbraba el abismo del desquicio y no era la primera vez. El rastro sólo podía ser el derrame de mi cordura. Caí al suelo, sollozando. No recuerdo cuanto tiempo transcurrió, pero fui vencido ante el cansancio. Ya era de día cuando abrí los ojos de nuevo, deseoso de que todo estuviera como debía estar. Sin embargo, no fue así.

Un débil ruido blanco provenía de la sala de estar. Alguien estaba en el sofá, frente a la televisión encendida. La delicada mano de una mujer acarició el apoyabrazos. Caminé hacia ella y... ¡Por todos los santos! Sentí mis piernas doblarse y desfallecer. Me ahogaba en el aire, el tinte latino de mi piel se desvaneció y mi corazón se paralizó ante el horror más inhumano. Sólo mis ojos quedaron clavados en aquella mirada penetrante de color avellana, esa misma que me atormentaba en mis malditas pesadillas mientras estaba despierto. No me dignaba a creerlo, era la cúspide de la malicia de una mente perturbada. La cosa sonrío, vestida con el rostro de mi esposa, Ellen.

¿A quién demandarías ayuda en esta situación? ¿Quién querría creer tal perjurio a lo conocido cuando la muerta lo negaba? Al menos el Dr. Ferdinand me hubiera hecho creer que sanaría con algo de terapia, pero jamás me llenaría de pastillas que nublaran mi ya desquebrajado juicio como lo hizo el inexperto Dr. Olivetti. Incluso cuando Ellen vivía, expuesto en todo momento a sus sádicos deseos, nunca experimenté tal indefensión. Una muñeca de trapo contaba con más libertades que las que yo podría imaginar, postrado en la cama del cuarto de visitas.

La tarde del jueves fue la última vez que vi a mi carcelero, el Dr. Olivetti, convencido de la falaz dulzura de Ellen para invitarlo a cenar. Él, extasiado ante la lujuria, no tuvo su peculiar cuidado al obligarme a ingerir sus drogas y, como el zorro provechoso de toda oportunidad, les encontré escondite bajo la lengua. Esperé durante horas hasta que el silencio fuera completo y la luz del umbral desapareciera. Me arrastré a la puerta aún adormecido por la antigua dosis, o quizás alguna podría haber conseguido pasar mi barrera. Anduve descalzo por el pasillo, más lento de lo que esperaba. Revisé la sala y la cocina, pero nada sobresaltaba de la ilusoria normalidad. De pronto un débil ruido retornó mi atención al pasillo del cual venía. La cosa aún estaba despierta, la puerta del que era el cuarto de Ellen se había entre abierto.

Arrastrado por una atracción fatal, miré a través de la rendija. Como todas las noches antes de aquel fatídico día, Ellen se sentaba frente al espejo del cuarto y pasaba horas para prepararse. Y así era lo que podía observar. Ella se acariciaba la larga cabellera como si tocara un fino instrumento de cuerda. Dudé entonces de mis visiones. ¿Había realmente matado a mi esposa? ¿Acaso el Dr. Olivetti tenía razón, todo esto no era

más que una invención de mi estresada mente? ¿Ese viejo alemán a un lado de la carretera nunca existió? ¿He perdido la cabeza? Pensé en abrir la puerta y abalanzarme en un fuerte abrazo, de esos que ella tanto odiaba, y disculparme con mi esposa. Y ese fue el momento en que entendí la verdad, sobre la mesa de noche junto al espejo reposaba la antigua daga de hoja negra.

Ellen dejo el cepillo y presionó con sus largos dedos en su frente. Jamás olvidaré ese horrendo sonido, traedor de pesadillas a la vida. La piel se despagaba a tirones, expulsando un fétido aroma a podredumbre que me descompuso los sentidos. Sin embargo, no era punto de comparación ante el horror que experimenté cuando vislumbre, al oprimir mi repugnancia, lo que se ocultaba bajo la máscara de rostro humano. Ni la más espeluznante figura del imaginativo religioso serían capaz de tal blasfemia a la naturaleza, de aspecto húmedo y morboso, repleto de apéndices penumbrosos que se desplazaban tales raíces o serpientes. No vi ojos, boca o rastro animal semejante, pero sabía que podía ver y alimentarse. Corroídos sonidos de palabras imposibles se vomitaban del abismo de la fisura en lo que, a interpretaciones mías, podía llamarse su cabeza. Mi instinto me sacudió hacia atrás, golpeando uno de los cuadros colgados en el pasillo. La cosa se volteó hacia mí y la luz reventó ante su estridente chillido.

Congelado ante el abismo frente a mí, sólo pude escuchar. Sus pisadas, lejanas de toda humanidad, se acercaban casi reptantes. Su respiración era tan tangible como la pared que me sostenía. Y con un pavoroso grito donde vomité todo rastro de lo que me quedaba de cordura, corrí en dirección cualquiera, soportando los golpes con todo lo que se me cruzase en las tinieblas. Pero la cosa se acercaba sin demora como el ente infernal que era, evitando y destrozando todo obstáculo con el que tropezaba. Al encontrar una puerta me adentré sin miramientos, y maldecí mi suerte al no tratarse de la salida. Pude sentirla al otro lado, su altura se percibía inmensamente mayor al modesto metro sesenta de Ellen. Me era inconcebible comprender qué era aquello, de anatomía imposible e incomprensible bajo estándares de humano conocimiento. Sin embargo, mi tiempo era contado. La cosa había descubierto dónde estaba, o quizás ya lo sabía de antemano, cuando un viscoso deslizar se filtró entre el espacio de mis pies en el suelo. Dudé en encender la luz, me aterrorizaba la idea de volver a verlo y descartar la idea de que todo era una vívida alucinación, mas no había de otra.

Y de pronto lo vi, atravesando el umbral, un largo y flexible apéndice repleto de púas o colmillos que parecía observarme. Imagina por un momento cuán perturbador fue el presenciar cómo le nacía ese desgraciado ojo color avellana. La cosa lo sabía perfectamente, sabía cómo realizar esa inconfundible mirada, la misma que desencadenó toda esta ola de histeria. Rugí desde lo más profundo de mi alma y lo aplasté con fuerza renovada. La cosa chilló de dolor, retirando su flácido miembro

con rapidez, y la luz parpadeó con violencia. No pude evitar el burlarme al escuchar los sollozantes gritos de la cosa, mas su venganza feroz me recordó el terrible error que había cometido. Largos y filosos dedos tales garras a travesaron la puerta y fui tragado como si la madera misma me devorara. Volé sobre el sillón e impacté contra la pared de la sala, escupiendo todo el aire de mis pulmones. En aquel entonces, envuelto en pánico y con una tos de ahogo, no atiné a darme cuenta de lo devastada que resultó mi pierna derecha, hecha jirones por la madera al desquebrajarse.

Me alcé y corrí, rengueando hacia la esperanzada puerta de salida, ahora iluminada su dirección por el agujero que daba al baño. Escuché sus estridentes quejas al pasar por el portal de mi salvación, y en cuanto entré al auto, bendita sensación tuve al notar a la criatura refunfuñar sus incoherencias desde la entrada de la casa. Sin tentar a mi renovada suerte, salí de allí al instante en que el motor me lo permitió. Conduje toda la noche, sin descanso. Había un lugar al que tenía que llegar a toda costa en búsqueda de respuestas.

Todavía no acababa de salir el sol al estacionarme al costado de la carretera frente a «El Viejo Cazador». Las manos me temblaban más pálidas que nunca, hacía un frío infernal o había perdido demasiada sangre. Entre las hebras de tela rasgada del pantalón, bañado en sangre seca, fui testigo de la negrura y el pus en batalla por alimentarse de pierna derecha. A pesar del ardor y la repugnancia, rasgué la tela impregnada en la herida. No podía contener las lágrimas, era imposible que esta fuera mi pierna derecha. Como podrás ver en mi inestable paso, no tuve de otra que amarrar la carne y rezar que resistiera lo suficiente. Consideraría una suerte bendita sí en emergencias sólo fueran a amputar bajo la rodilla y salvaran lo demás. Sin embargo, sería irrealista.

Deseaba que todo esto fuera sólo un sueño, que aún siguiera adormilado junto al lago negro o en la cama junto a Ellen. Ya no me importaba volver a escuchar sus críticas o insultos, siempre y cuando fuera ella nuevamente. Fui incapaz de no ahogarme en los lamentos de mi desesperación, nada había tenía sentido en los últimos días. «Un hombre no llora, siempre debe mostrarse fuerte», recordaba el dicho de mi padre mientras me deshacía en lágrimas.

Junto al sol la niebla también se abrió paso en la carretera. Pasaba la hora de apertura del local, pero nadie había llegado. La pocilga se veía más deplorable que la primera vez, plantas crecían entre las maderas sucias, el letrero era casi ilegible ante el desgaste de la pintura y el alambrado a medio arrancar en la puerta. Al decidirme a bajar, note en el espejo retrovisor el antiguo rifle Winchester acostado en el asiento trasero, aquel que me ofreció antes de enseñarme esa condenada caja. Lo había olvidado, y la tensión de estos días no habían sido ideales para recordarlo. Ni siquiera me pregunté el cómo llegó allí, sólo lo tomé y abandoné el

auto. Fui hasta el local con un dificultoso caminar, cada centímetro en el que me acercaba la verdad se tornaba clara. La odiaba terriblemente. Parecía abandonado por décadas, las ratas corrieron entre la fauna de escombros abandonados. Si había perdido la cabeza, ese hubiera sido el momento idóneo de revelación; pero el lugar existía, tenía que haber sido real.

Negado ante la derrota, escarbé entre la decadencia, pero vanos fueron los esfuerzos. Salí molesto y desesperado, el mundo se me apetecía de cabeza. Me las ensañé con este rifle, mi única prueba fehaciente de que yo no era el loco.

¡El mundo es el desquiciado, decidido a ignorar la verdad! ¡Me obligaron a matarla y me arrancaron de las manos a mi bella Ellen! La cosa quería venir a este mundo, querían su cuerpo, «eso» es el culpable. Supe que debía matarla mientras aún era capaz de usar el raciocinio, convencido de que me había tornado en un cabo suelto. Conocía su enloquecedor rostro, sabía que me buscaría. Sin embargo, debía de actuar, continuar con la obra de mi descontrolada mente. Esa era mi arma.

Subí al auto y regresé a la casa. Ella no estaba allí. Todo había sido limpiado, creado a imagen y semejanza al recuerdo anterior al asesinato. Al igual que ese viernes por la noche, sentí el llamado de la daga, aún reposante en el cuarto de Ellen. Era lógico, si esto la había traído, también debería expulsarla. Ese era mi anhelo.

La vi salir de aquí, inmóvil la observé seguir la rutina fantasma. No fue azarosa la hora de mi visita, sé que volverá. ¡Observa mi pierna y la daga en mi cintura, las mentiras no son dueñas de mis palabras! No soy un hombre desesperado, no estoy loco, he abierto los ojos ante la morbosa luz de una verdad incoherente. Jamás he sentido tal fidelidad con lo real.

Y por eso ahora comprendo, lo torpe fui desde los inicios. La voz lo susurraba de camino; no es que nadie me creyera, sino que todos lo sabían y querían mi silencio. Los susurros siempre tuvieron razón. Dejé caer el Winchester y mi mente fluyó a la inexorable verdad, aquella que va más allá de lo cognoscible. La daga de hoja negra se afianzó firmemente a mi mano, atada por una fuerza que me sobrepasaba.

«Hazlo», resonó la voz del ser en mi oído, más claro y entendible que la lengua humana. No pude hacer cosa otra que rendirme a obedecer hasta que el predestinado fin llegara.

Capítulo 17

El wendigo

Cuán terrible es aquello que frente hacerle no quiero, pues aunque su muerte he ordenado él entre los muertos no anda. Miedo me irrita y correr me obliga. Agitado, respirar no puedo, entre los árboles le escucho acecharme. De rama en rama salta y por mí viene. De noche es, del camino poco veo, niebla las sobresalientes raíces oculta.

Su cabeza humana no es, tal animal larga quijada tiene. Poco de él vi, en el instante en que su presencia percibí a correr me eché.

¡Grande sea la diosa, a un pueblo llego!

Por ayuda a los vientos grito y como la noche la luz disipa, todos a sus casas entran. Con fuertes azotes las puertas cerradas quedan, rojas manchas a la vista quedan en la madera.

Y entonces una vieja leyenda recuerdo. En un pueblo del Reino del Sur una bestia, ni hombre ni animal, a las personas acecha tal parca a la humanidad. El viento sopla y sonidos de huesos al chocar se oyen, su quijada semejante a la del caballo golpea la mandíbula superior.

Voltearme no quiero, pues sus pasos acercarse percibo.

Frío en mi espalda siento, su quijada se abre y putrefacto aliento a mi nariz llega. Mis piernas tiemblan, pues a un simple toque está e incapaz soy de moverme.

De repente ensordecer aullido la bestia espeta, ahora despierto me alejo y volteo. Largo manto negro la cubre, su cabeza largos cuernos posee y su entero rostro no es más que las oscuras cavidades de un despellejado cráneo. En donde su ojo debería estar, madera similar a una flecha está incrustada.

—¡Si morir es lo que quieres justo ahí quédate, si contrario el caso muévete!

Con ballesta en mano hombre de extranjero aspecto me socorre. Palabras decir intento, pero mi garganta espacio no deja y, tal como eso, de allí escapo.

Como si el mañana no existiera, corro en euforia ante mi vida salvada. A la salida del pueblo llego y entonces mi paso detengo, en mi brazo un

ligero corte hay.

Mi mente mareada se siente, ¿he crecido? El suelo más alejado me parece. El estómago se me retuerce, la columna se encorva, el rostro me duele... Y pronto dos grandes cuernos en mi cabeza aparecen. Contra voluntad la vuelta me doy y consciente dejo de ser.

Capítulo 18

El horror caído del cielo

Sería vano decir que fue un hombre honorable. El Dr. Friedman era solitario, malhumorado e irrespetuoso, pero fue un eminente genio. Nunca había escuchado sobre algo que lo pusiera tan intranquilo como en aquella llamada suplicante, obligándome a tomar el primer tren de la mañana para ir en su auxilio. Y caí preso de la sorpresa al advertir tras mi llegada que había desaparecido. No pongo en duda su mala fama, era cuestión de tiempo para que optaran por arrojarlo a alguno de los canales que cruzan por el pueblo. Sin embargo, el alto desinterés a su desaparición me obligaba a dudar ante la naturaleza de lo a afrontar.

Interrogué a sus bastas enemistades, diversamente exóticas, para sólo acabar con violentas amenazas que es mejor no describir. Y al final, más allá de esa última llamada, nadie sabía nada sobre el doctor. No lo extrañaban, les importaba menos que un vago cualquiera muriéndose ahogado en alcohol. Era notorio el desprecio. Sí, era intratable, pero también era la causa de que figuraran en el mapa.

Me hospedé en su viejo observatorio encima de la colina, lejos del poblado y los murmullos. Estaba ante una visión de aquellos años de becario, nada había cambiado más allá de ligeras sutilezas. Limpio y ordenado como se esperaría, aunque aburrido o demasiado clásico para mi gusto. Acomodé las maletas a un lado y revisé si aún existía la vieja trampilla bajo el telescopio donde Friedman solía ocultar sus investigaciones. Para mi suerte, así fue. Tomé un manojo de hojas amarillentas y maltrechas, la letra era sin dudas la del doctor, con sus trazos toscos y apresurados. Sin embargo, al leerlas no pude dejar de pensar en lo contrario. Frases incoherentes de un asteroide de tonales verdinos que orbitaba en la Tierra, y garabatos monstruosos sobre un despiadado ser sostenido de incontables apéndices que crecían de un amorfo torso oculto en el delirio de los hombres, capaz de malversar la mente.

Era irrisoria la idea de semejante palabrerío ficcional. En nuestra galaxia no habíamos encontrado ninguna vida más allá de la presente en la tierra; era inconcebible que, estando frente a nuestras narices, sólo Friedman lo había visto, e incluso dibujado con mórbido detalle. Pero resultaba

extraño, semejantes delirios no parecían ser la razón de llamarme con tanta urgencia.

Estaba excitado ante la intriga. No creía en las locuras de Friedman, pero era una certeza que alguien sí lo hizo. Dispuesto a comprobarlo, opté por revisar todas las coordenadas calculadas del trayecto que recorrería del asteroide. Observé sin falta a cada hora y lugar descritos, dejaba pasar los minutos e inspeccionaba sectores aledaños, convenciéndome de que todo fuera real. No obstante, nada sucedió.

Me recosté en el asiento y suspiré al desvanecer toda esperanza aventurera. No había más que pudiera hacer, ante tales delirios se me hizo normal el desinterés del poblado. Él había perdido toda la razón, lo más seguro era que estuviese vivo, deambulando y gritando sus ficciones apocalípticas. Acomodé las hojas en la trampilla y ordenaba mi equipaje para marchar cuando un estallido cercano sacudió el recinto. Apresurado me repuse y corrí a la puerta, aterrado por que se tratase de terroristas o el inicio de una guerra, con el oído atento por si las alarmas sonaban.

Los árboles llameaban, la colina vomitaba columnas de humo abrumadoras, sólo opacada por gritos de terror y confusión del poblado a la lejanía. La curiosidad había sido mi cicuta, obligándome a adentrarme por los quemados matorrales. Entonces me petrifiqué en ausencia de razón, los ojos se me partían a causa de la ceniza y mi cuerpo pedía a gritos que volviese a respirar. Debía de ser una alucinación de locura, pero desde el borde del cráter sin duda se veía el asteroide vidrioso de tonos verdinos.

Era igual a lo descrito, la exactitud mecánica de los gráficos que recordaba de las hojas me revolvía el estómago. Aparentaba ser algún tipo de instrumental de diseño y su tamaño apenas superaba el de mi antebrazo, incapaz de decir si su llegada le había achicado. Pero de algo estaba seguro, no podía permitir que las autoridades lo supieran, al menos hasta que corroborara si los temores de Friedman, ahora menos descabellados, eran verdad.

Saqué del observatorio una lona ignífuga, pero al regresar el calor se había disipado, enfriándose sin contención. Incluso me vi obligado a

soltarlo cuando lo sentí desgarrarme los dedos a través de la lona, teniendo que rodarlo todo lo que quedaba de camino.

Trabé la puerta y desenvolví al asteroide, expulsando un helado vapor que erizó la pie. El brillo casi había desaparecido, así que lo tanteé con el palo de una escoba sin obtener respuesta. Si lo dicho por Friedman era cierto, la cosa dentro podría morir antes de poder estudiarlo. No lo podía permitir.

Extraje rápidamente las arrugadas hojas de la trampilla, pero fue inútil. El lenguaje se me apetecía indescifrable e incoherente, símbolos desconocidos y angulosos, de rareza semejante al misterio que ocultaban, hacían de remplazo para todas las palabras escritas. Perdía los estribos, no podía pensar con claridad y rompí las hojas enfurecido. Corrí al hacha de incendios colgada en la pared, rompí el cristal con las manos desnudas y la arranqué sin dar preocupación a mis heridas. La presión me había tornado en un animal encolerizado, alejado del intelectual que era.

Envuelto en vomitivos gritos iracundos, machaqué al inanimado asteroide con el pico del hacha hasta que se me entumecieron las manos, dejándola caer, agotado. Sin embargo, la cosa seguía intacta, aún resplandeciente con un ligero verde que, incapaz de evitarse, se apagó por completo. Mi único enlace con la desaparición de Friedman —por muerte o desquicio— había acabado de la peor manera. Me sentí terrible ante tal fracaso, traidor al último deseo de un genio solitario.

Entonces un extraño ruido licuado me arrebató la atención, un gelatinoso fluido se filtraba de entre sus negruzcas rendijas. Era verdino y viscoso, no más grande que la palma de mi mano, que se movía por voluntad propia. Me acerqué desconcertado y el ser respondió curioso, formando flácidas protuberancias que acercaba hacia mí. Lo que sentí era indescriptible; emoción, ansiedad, terror e intriga. Estaba vivo, Friedman lo había vuelto a hacer, aunque bañado en fantasía.

Desmonté el palo del trapeador para estimular a la pequeña criatura. Sus interacciones se me antojaban sumamente básicas, más curioso que temeroso o violento. Enroscaba sus pegajosos apéndices de aspecto tentacular en el palo al acercarlo, estudiándolo, mas no se atrevía a subir.

Estaba ante la boleta ganadora más ambiciosa de la historia, todo se lo debía al viejo. No encontraba final a los imaginarios galardones que dibujaba en mi vivaz mente, cuando tan pronto como inicié el vuelo, caí precipitado en la realidad ante desesperados azotes que tirarían la puerta abajo. La vara resbaló de mis dedos y la criatura se retrajo, alterando su color a un vibrante y hostil anaranjado. Maldije sin reserva.

Abrí la puerta tal tornado embravecido, echando mareas de odio e insultos, pero me detuve en seco incrédulo con las palabras atascadas en la garganta. Lo pensé una alucinación del estrés, la visita de un alma en pena o una burla ilusoria de la ceniza. De forma instintiva, contra toda lógica salté hacia atrás con tal tosquedad que me tropecé con mis piernas congeladas. Ahí estaba el espectro abominable de un mundo incomprensible, bañado en una rojiza aura marciana. La reptante niebla esquivaba a la figura humanoide, temerosa de iniciar el más mínimo contacto. Un visor triangular se encendió en la cabeza del ser, liberando radiofónicos sonidos en lenguas imposibles. La tarjeta de plástico que brillaba en el torso de la figura, de llamativo aspecto inconfundible, me trajo tranquilidad. Era el traje espacial que Friedman se había pedido hacer a medida, fuertemente criticado por su rebuscado diseño salido de la ficción. Con movimientos robóticos y envueltos en una gravedad enrarecida, el sujeto entró, cerrando la puerta tras de sí. Friedman se retiró el casco y expuso su maltrecho rostro carcomido y quemado, profeta de horrores inimaginables. Pero todo eso le parecía insulso, una única idea resaltaba de su pútrida mente enloquecida. «¿Dónde está?» gritaba sin parar, ignorante a sus horribles heridas, y al visualizar el apagado asteroide no dudó en correr a él, mas su frase grabada no cesó tras su revisión carente de sutilizas.

La cosa había escapado.

Friedman vomitaba incoherentes alegatos, insistía con sus sandeces apocalípticas. Había hecho contacto, sabía en perfecta razón de que aquel pequeñajo pegajoso no era más peligroso que un insecto de jardín. Pero el viejo era listo, sabía cómo implantar su putrefacta duda carroñera. Él se sentó con el hacha en sus manos, bañado en sudor y ceniza. Su enardecida y corroída piel palpitaba, echando el hediondo olor del azufre con cada respiro, negado a desprenderse del traje. Llevó su tiempo que se calmara y abandonara esa mirada desconfiada. Pero el maldito viejo sólo actuaba, deseaba enmudecer mis quejas silenciosas al preguntarme la razón de mi presencia. Él juraba no haber hecho ningun llamado; y, tras un corto lapso, me clavó la mirada acusadoramente y afirmó: —«Eso» lo

hizo. «Eso» te necesitaba aquí. Tú eres el profeta.

Friedman retomó fuerzas y se alzó con el hacha una vez más. Su mirada perdida, carente de raciocinio, negada a escuchar excusas, atraían a la cercenadora hoz de la muerte. Cada paso hacia atrás él lo proyectaba hacia mí, arrepentido y encolerizado ante lo que para él era la única esperanza de la humanidad. Entonces se lanzó sobre mí, gritando mientras intentaba forcejear, pero caí incapaz de vencerlo con aquel pesado traje. Friedman se subió sobre mí y alzó el filo lo más alto que pudo. Y ahí lo vi, en mi último momento, posada en el punto más alto de la curvatura del techo. No era más aquel limo tímido. Estaba cambiado, una gigante costra de ángulos euclídeos envolvía al ser durante su metamorfosis, adherido lejos de depredadores. Era increíble, sublime. El verlo cautivaba, provocaba recuerdos de infinita belleza. Lento e impactado señalé al techo, olvidando los riesgos del peligro que corría. Cuando el doctor Friedman se volteó, se expresó de formas que jamás habría imaginado ver en un hombre como él. Estaba pálido, atónito, con los ojos desorbitados en reflejo ante algo que escapaba a mi comprensión. Arrojó el hacha y echó a correr obstruido por su pesado traje, pero no se lo podía permitir y le cacé la pierna, tirándolo al suelo. Desesperado se soltó de mi agarre y se arrastró hacia la salida cada vez más lento, hasta que se no pudo más. Algo sobresalía del maltrecho cuello del doctor, filtrándose bajo su nuca. Sentí mi razón desvanecerse al ver aquel brillo de tono verdino resplandecer con una verdad que heló mis codiciosos huesos.

La cabeza de Friedman giró tambaleante, derretida y pegajosa, revelando el verdadero aspecto inhumano de la criatura adherida al ahora cadáver putrefacto del viejo cascarrabias. Estaba aterrado, incluso el vomitar ante semejante blasfemia a la cordura me resultó inalcanzable. Desprovisto de toda dificultad, él dobló sus articulaciones en ángulos imposibles y se lanzó hacia mí tal bestia embravecida, corriendo con sus brazos volteados y la columna hecha un espiral. Pero sin respiro me abalancé sobre el hacha en el suelo y la blandí con locura, enceguecido y confundido. Friedman chilló, retorciéndose en el suelo con sus huesos dislocados clamando maldiciones inentendibles. Extraje el arma de su cuerpo amorfo mientras intentaba escapar. De nuevo, no se lo permití. La cabeza del doctor rodó sobre los cerámicos y el verde limo se deshizo en un vapor sulfúrico.

Todo era tan irreal que sólo me quedé ahí, detenido, observando la sangre en mis manos, incapaz de creer en lo que había hecho. Alcé la mirada a la

crisálida del techo, el verdadero peligro profetizado por Friedman en vida. Sin embargo, estaba abierta, carente de todo brillo. Su centro estaba abierto con protuberancias semejantes a tentáculos que regalaban la vista de vegetación de otro mundo.

No sabía cómo se veía, cuánto había cambiado ni qué tan peligroso se había tornado. Las manos me sudaban ante la idea de recaer en el mismo destino del viejo, devorado en vida, ahogado en los límites de la locura. Temía de toda sombra que me pareciera moverse. Todo ruido que viniera del imaginario. Toda presencia que la esquizofrenia me delatara. Y sin poder resistir más, me lancé a abrir la puerta para mi escape. El fuego, tormentoso y devastador, bloqueaba toda salida posible. Nadie había acudido para auxiliarme. Entonces lo oí reptar detrás de mí, pesado y de proporciones tan inmensas que el telescopio se me apetecía pequeño. Me giré para enfrentarlo, detenido frente a mí, observándome desde una realidad que un plano tridimensional jamás podría representar, no fui capaz de detener al hacha deslizarse de mis manos. Parecía el feto de la cruza entre humano, planta y blasfemia, la culminación material de las pesadillas del hombre. Su cuerpo torcido se elevaba y ramificaba con innumerables enredaderas de apéndices pegajosos por todo el observatorio, invadiendo el techo y las paredes. A modo de rostro, tenía un enorme visor triangular encastrado en la abultada carne putrefacta de lo que era, ante mi limitada comprensión, su cabeza.

Observé de cerca el inminente vacío de la pantalla, profetizadora de grandes males y horrores de los cuales contar me aterra. Vi el futuro, me torné en mensajero de un final en el que la muerte sería un anhelo. Escuché los vívidos gritos de sufrimiento de la humanidad y los rugidos de sus atormentadores, figuras amorfas que describir no deseo más allá de que «eso» palidece en comparación. No pude aguantarlo, mi mente quería estallar y acabar con el tormento, callar las voces de lenguas extrañas y conseguir la paz. Por eso lo hice, salté al abrasador fuego del bosque. Y si aún sigo aquí no es por un milagro de divina procedencia, sino el capricho de un abismal dios al que le importamos poco. Por eso he de narrar mi historia, esparcir el mensaje por el cual he sido elegido. Y ahora que ya sabes de él, tal vez lo escuches arrastrarse tras tu ventana, creciendo infinitamente; o quizás lo llegues a vislumbrar en las tinieblas, oculto en los rincones, con su característico brillo verdino.